

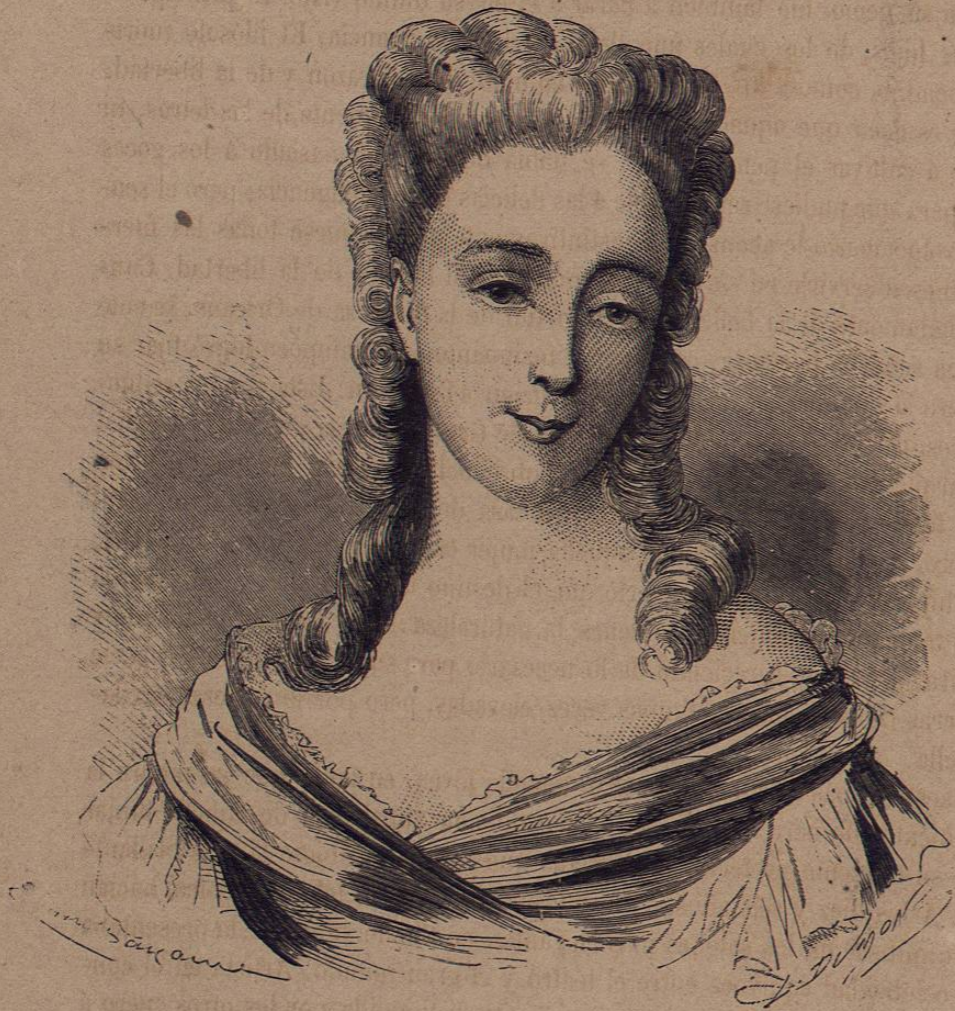
Antonieta temia á la vez en aquel jóven príncipe al favorito del pueblo y al corruptor del conde de Artois. Ella hizo que el rey comprase el castillo casi regio de Saint-Cloud, palacio preferido por el duque de Orleans para hacer de él su morada. Multitud de insinuaciones infames contra sus costumbres circulaban sin cesar bajo un carácter más confidencial entre todos los señores de la corte. Se le acusó de haber hecho envenenar, valiéndose para ello de las gentes de su servicio, á su cuñado el príncipe de Lamballe, debilitándole ántes en continuas orgías, con la mira de heredar él solo los inmensos bienes de la casa de Penthièvre. Este crimen no era sino una invencion gratuita del odio que la corte le profesaba.

Perseguido así por la animosidad de ésta, vióse obligado el duque á aislarse cada dia más. En sus frecuentes viajes á Inglaterra contrajo amistad con el príncipe de Galles, heredero del trono, que tenia por amigos á todos los que eran enemigos de su padre, y que jugando con la sedicion y deshonorándose contrayendo deudas y haciendo gala de los mayores escándalos, llevaba mucho más allá de lo que es permitido á la juventud aquellas pasiones que tienen los príncipes por los caballos, por el lujo de la mesa, por el juego y por las mujeres. Sonriéndose aquel príncipe al oír los discursos tribunicios de Fox, de Sheridan y de Burke, preludiaba el ejercicio del poder real con toda la audacia de un hijo desobediente y un ciudadano faccioso.

De este modo adquirió el duque de Orleans el gusto por la libertad en la vida licenciosa que llevó en Lóndres. Acompañáronle á su vuelta á Francia el hábito de insolentarse con la corte, el gusto por las agitaciones populares, el desprecio de su rango y la familiaridad con el pueblo. Desterró de su casa la etiqueta, y vivió desde entónces como un particular, usando en público y en secreto aquel sencillo traje que, quitando á la nobleza francesa su uniforme y acercando todas las condiciones, destruía ya entre los ciudadanos la diferencia que hacía anteriormente que se conociese en el modo de vestir la clase á que uno pertenecía en la sociedad.

Dedicado exclusivamente el duque á restablecer su fortuna, bastante en decadencia á la sazón, edificó el Palacio Real. Convirtió los nobles y espaciosos jardines de su antiguo palacio en un lujoso mercado, destinado de dia al tráfico comercial, y por las noches á toda especie de juegos y disoluciones. Verdadera sentina de vicios edificada en el centro de la capital, y obra de especulacion que las antiguas costumbres no perdonaron jamás á este príncipe, fuese convirtiendo poco á poco aquel soberbio edificio en el foro de los ociosos del pueblo parisiense, para transformarse muy en breve en cuna de la revolucion. Esta marchaba á pasos agigantados. El príncipe la esperaba sumido en la ociosidad, como si la libertad no fuese sino una favorita más.

Entre tanto, el odio manifiesto que todo el mundo sabía que profesaba á la corte habia hecho, como es muy natural, que todos los que deseaban el trastorno de sus antiguas instituciones rodeasen á este príncipe. El Palacio Real fué el centro elegante de una conspiracion que se celebraba á puertas abiertas para reformar el gobierno. La filosofía del siglo se hallaba allí reunida á la política y á la literatura, y aquel palacio era el de la opinion. Buffon iba constantemente á pasar en él las últimas noches de su vida; Rousseau recibía á lo lejos el único culto que su altiva susceptibilidad podia recibir de los príncipes; Franklin y los republicanos de América, Gibbon y los oradores de la oposicion inglesa, Grimm y los filósofos alemanes,



LA CONDESA DE GENLIS.

Diderot, Sieyès, Sillery, Lacroix, Suard, Florian, Raynal, La Harpe, y finalmente, todos los hombres pensadores y todos los escritores que presentían el nuevo espíritu, se encontraban allí reunidos con los artistas y sabios más célebres de la época. El mismo Voltaire, proscrito de Versalles por los respetos humanos de una corte que adoraba su genio, fué también á parar á él en su último viaje. El príncipe le presentó sus hijos, de los cuales uno llegó á reinar en Francia. El filósofo moribundo los bendijo, como á los de Franklin, en nombre de la razón y de la libertad.

Esto no es decir que aquel príncipe gustase apasionadamente de las letras, ni se dedicase á cultivar el pensamiento: se había dedicado demasiado á los goces materiales para que pudiese ser sensible á las delicias de la inteligencia; pero el sentimiento revolucionario le aconsejaba instintivamente que reuniese todas las fuerzas que pudiesen servirle en su día para contribuir al triunfo de la libertad. Cansado inmediatamente de la belleza y de la virtud de la duquesa de Orleans, se enamoró de una señorita hermosa, espiritual é insinuante, que tampoco logró fijar su corazón, pero sí dominar su inconstancia y dirigir su espíritu. Esta mujer, seductora entónces, célebre despues, era la señorita de Crest, condesa de Sillery-Genlis, hija del marqués de Saint-Aubin, caballero pobre del Charolais. Su madre, jóven y hermosa todavía, la había llevado á Paris á casa de Mr. de la Popelinière, célebre banquero, anciano ya, con quien aquella mujer estaba en relaciones. Educaba, pues, á su hija incierta aún de la suerte que el destino la preparaba, y sin saber si sería como tantas otras mujeres á quienes la naturaleza ha prodigado el talento y la hermosura, pero que, careciendo de lo necesario para subsistir, son una especie de aventureras de la sociedad, algunas veces elevadas, pero por lo general envilecidas por ella.

Los maestros más célebres educaban aquella jóven, en tanto que su madre la formaba únicamente para la ambición. La condición subalterna de aquella mujer en casa de su opulento protector no impedía que su hija recibiese la más brillante educación. A los diez y seis años, su hermosura precoz y su talento musical hacían que se la admitiese en los salones más elegantes, en donde su madre la presentaba como una celebridad equívoca entre el teatro y el gran mundo. Artista en el concepto de los unos, era mirada como una señorita distinguida por los otros; pero á todos los seducía, y hasta los viejos olvidaban que lo eran cuando se hallaban á su lado. Mr. de Buffon la llamaba *hija*. Su parentesco con madama de Montesson, viuda del duque de Orleans, hacía que viese con frecuencia al joven príncipe. El conde de Sillery-Genlis se apasionó de ella, y á pesar de la oposición de su familia, la tomó por esposa. Amigo y confidente del duque de Orleans, obtuvo el conde que su esposa fuese empleada en la servidumbre de la duquesa de Orleans. El tiempo y su talento hicieron todo lo demás.

El duque se unió á ella por el doble atractivo de su extremada belleza y por la admiración que le causaba la superioridad de su inteligencia; de suerte que cada una de estas dos cosas consolidaba el dominio que una sola era suficiente para ejercer sobre el corazón del príncipe. Las quejas de la duquesa al ver este nuevo ultraje no hicieron sino cambiar la inclinación del duque en obstinación. Quedó completamente subyugado y quiso honrarse con aquel sentimiento haciéndolo público, si bien tratando de disfrazarlo so pretexto de la educación de sus hijos. La condesa de Genlis aspiraba á la vez á la ambición de las cortes y á la gloria de

las letras. Escribía, pues, con elegancia aquellas obras triviales que entretienen la ociosidad de las mujeres, extraviando su corazón en unos amores imaginarios. Las novelas, que son para el Occidente lo que el opio para los orientales, se habían convertido en una necesidad y en un acontecimiento de que se hablaba en todos los salones. Madama de Genlis tenía una gracia particular para esta especie de composiciones, en las que, valiéndose de cierta hipocresía de austeridad, hablaba con decencia del amor; además afectaba una universalidad de conocimientos científicos, que hacía se olvidase el sexo de la autora al ver en ella una ilustración que recordaba aquellas célebres mujeres de Italia que explicaban filosofía cubriéndose el rostro con un velo.

El duque de Orleans, innovador en todo, creyó haber hallado en aquella mujer el mentor de sus hijos. En consecuencia, la nombró *ayo* de aquellos niños. Irritada la duquesa, protestó contra aquel escándalo; la corte se burló del duque, y el público quedó aturdido al ver una cosa tan singular. La opinión, que cede finalmente al que no la teme, murmuró en un principio, enmudeció después, y concluyó por dar la razón á Orleans: los discípulos de esta mujer, si no supieron ser príncipes, aprendieron al menos á ser hombres. Madama de Genlis atraía al Palacio Real á todos los dictadores de la opinión, de suerte que el primer club de Francia se celebraba en las habitaciones del primer príncipe de la sangre. El amor á las letras cubría exteriormente aquellos conciliábulos, á la manera que la locura del primer Bruto sirvió para cubrir su venganza. Quizá el duque no era un conspirador, pero ello es cierto que desde entonces hubo un partido llamado de Orleans. Sieyes, oráculo misterioso de la revolución, que parecía que la llevaba en su frente pensativa y que la abrigaba silencioso en su seno; el duque de Lauzun, que desertando de las confidencias de Trianon, se había pasado á los conciliábulos del Palacio Real; Laclos, joven oficial de artillería, autor de una novela obscena, capaz en caso de necesidad de elevar la intriga novelesca hasta la conjuración política; Sillery, indispuesto con su casta, enemigo irreconciliable de la corte, ambicioso, descontento, y sin confiar ni esperar nada sino de lo desconocido; finalmente, otra porción de hombres más oscuros, pero no menos activos, que eran una especie de escalones invisibles para bajar desde los salones del príncipe á las profundidades del pueblo; todas estas gentes, sirviendo unos de cabeza y otros de brazos á la ambición del duque, asistían diariamente á estas reuniones. Sin duda que ni unos ni otros sabían aún con certeza el verdadero objeto de ellas, pero todos se colocaban en la cima de la pendiente para desde allí dejarse llevar por la fortuna. Lo maravilloso de ese prestigio de las masas, que es á la imaginación lo que á la razón el cálculo, no faltaba en el partido de Orleans. Las profecías, presentimientos populares del destino; los prodigios domésticos, admitidos por la credulidad interesada de los numerosos clientes de aquella casa, anunciaban que uno de sus príncipes subiría muy pronto al trono de Francia. Estos rumores corrían entre el pueblo, bien por sí mismos, bien por las hábiles insinuaciones de los partidarios de la casa de Orleans. Cuando se convocaron los Estados generales, el duque se pronunció abiertamente por las reformas más populares, encargando al abate Sieyes que redactase las instrucciones á que habían de atenerse los electores de los dominios del príncipe. Este intrigó además para obtener el título y ejercer las funciones de ciudadano. Elegido diputado de la nobleza por Paris, por Crespy y por Villers-Cotterets,



Asesinato de Gustavo III, rey de Suecia.—Pág. 308.

optó por Crespy porque los electores de aquella bailía eran más patriotas. En la procesion de los Estados generales, en lugar de ir entre los príncipes, como le correspondía, fué á colocarse en medio de los diputados. Esta abdicacion de su dignidad á pesar de ser el más inmediato al trono, y esta pública preferencia que daba á su dignidad de ciudadano, le valió los aplausos de toda la nacion.

### III

El favor del pueblo hácia Orleans era tal, que si él hubiese sido un duque de Guisa, y Luis XVI un Enrique III, los Estados generales hubiesen terminado, como los de Blois, por un asesinato ó por una usurpacion. Reunido al estado llano para conquistar la igualdad y granjearse la amistad y la preferencia de la nacion sobre todos los nobles, prestó el juramento del Juego de Pelota. Colocóse detras de Mirabeau en aquella ocasion sólo por desobedecer al rey. Nombrado presidente de la Asamblea nacional, renunció á este honor para cedérselo á un simple ciudadano. El dia en que la destitucion de Necker puso de manifiesto los proyectos hostiles de la corte, dia en que el pueblo de Paris nombró por aclamacion los que habían de ser sus jefes y sus defensores, el nombre del duque de Orleans fué el primero que salió de todas las bocas, y Francia tomó en el jardin de su palacio los colores de su